



# **"PARA QUE TENGAN VIDA"**

**(Juan 10,10)**

Carta Pastoral de  
Mons. Fidel Herráez Vegas  
Arzobispo de Burgos

## **ÍNDICE**

1. Jesucristo nos da vida porque Él es la Vida
2. Caminando juntos como Iglesia al servicio de la vida
3. Discípulos misioneros, testigos de la Vida en nuestra Iglesia diocesana
4. La Vida plena para todos: los caminos del compromiso
5. Bajo el aliento del Espíritu, Señor y Dador de Vida

## PARA QUE TENGAN VIDA

*“¡Oh, Pascua! ¡Fiesta del mundo entero! ¡Tú proclamas en toda la tierra el designio del Padre, tú eres la divina aurora de Cristo, la alegría eterna de los ángeles y arcángeles, la vida inmortal del mundo entero, la herida mortal de la muerte, el alimento incorruptible de los hombres, el alma celeste de la creación, la fiesta sagrada del cielo y de la tierra!” (Ps-Hipólito 3,3).*

El acontecimiento pascual que estamos celebrando nos permite comprender y experimentar en todo su alcance y dimensiones la Vida que el Señor nos regaló y nos sigue regalando. El hondo agradecimiento y el gozo que compartimos en este tiempo litúrgico debe ser el aliento que nos una para que el anuncio del Evangelio logre comunicar la vida que nuestros contemporáneos esperan y necesitan. En el corazón humano aletea una sed de plenitud que puede ser colmada por el Evangelio de la Vida que nos invita a ser hijos de Dios.

«Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante» (Jn 10,10). Estas palabras las pronuncia Jesús en el hermoso pasaje en que se presenta como el Buen Pastor. Con ellas manifiesta el núcleo y el objetivo de la caridad pastoral. Esto le lleva a salir al encuentro de las personas concretas en el camino de su vida. Son las palabras que elegí como lema e inspiración para mi ministerio en la Iglesia desde que fui ordenado presbítero, y quiero que sean el contenido central de esta primera Carta Pastoral que os dirijo como obispo vuestro. En el centro de mi escudo episcopal, como habéis podido ver, aparece un puente. Está situado en medio de la corriente, en contacto con la realidad que fluye cada día, con los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo (cf. GS 1). Y en la base del escudo, las palabras "Para que tengan vida", ese lema que retomo cuando pongo mi vida a vuestro servicio, junto al Buen Pastor.

En nuestro mundo podemos percibir enormes ansias de vida, y numerosas iniciativas y proyectos para defenderla y apoyarla, pero también amenazas que la cercenan en el ámbito individual y social, en el campo económico y cultural, en las relaciones personales y políticas. En mi visita pastoral, desde la cercanía con vosotros, voy descubriendo que en nuestra Iglesia hay ya compromisos abundantes en favor de esta vida, que se pueden apagar si no trabajamos juntos e ilusionados. ¡Cuántas nostalgias y esfuerzos, cuántos anhelos y buenas intenciones se pueden perder si no nos damos cuenta de lo que está en juego en este momento histórico!

Mi deseo es salir, junto con todos vosotros, al encuentro de esas expectativas y proyectos siguiendo el ejemplo de Jesús, que se acerca a pedir agua a la mujer samaritana para poder ofrecerle “agua viva”, “un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna” (cf. Jn 4,9-14). Como aquella mujer, también nosotros y nuestros contemporáneos encontramos en Jesús, muerto y resucitado «la vida que nos colma de alegría» (Prefacio de la Plegaria eucarística D/3).

## 1. Jesucristo nos da vida porque Él es la Vida

Jesús expresa en la hermosa metáfora del Buen Pastor el sentido de su misión: ofrecer su existencia entera, de modo generoso y gratuito, para que todos puedan alcanzar y gustar la Vida en plenitud. Jesús observaba en su tiempo que muchos actuaban como simples asalariados e incluso como ladrones y salteadores, buscando su propio interés a costa de los más sencillos y vulnerables. Era la misma situación que ya en el Antiguo Testamento había llevado a Dios a prometer a través del profeta Jeremías: «Yo os daré pastores según mi corazón» (Jer 3,15), para poder alcanzar el derecho y la justicia, la paz y la salvación (cf. Jer 23,4-6).

Las palabras de Jesús conservan toda su actualidad. Es lo que hemos querido recoger en nuestro Plan Pastoral y en nuestro proyecto evangelizador. Porque sigue habiendo “ladrones y salteadores” que falsifican o contaminan la convivencia y el amor. Nosotros, como seguidores suyos, como discípulos misioneros, debemos acoger el don que el Señor nos regala para ofrecer a todos el sabor y el gozo de una vida plena, capaz de aportar felicidad y esperanza aún en medio de tantas dificultades e incertidumbres. Es el camino que nos sigue invitando a recorrer.

Ya desde el inicio del *Antiguo Testamento* la vida brilla como el don radical por el que el creyente da permanentemente gracias a Dios (cf. Job 10,10-12); sobre todo los seres humanos, porque hemos sido llamados a la existencia por nuestro nombre (cf. Is 49,1; Jer 1,5). La palabra *Vida* condensa todo lo bueno y hermoso de la obra creadora de Dios: el aliento que nos permite respirar, los alimentos que nos dan fortaleza, la tierra que nos acoge como un hogar, la familia que aporta las primeras experiencias del amor, la sociedad que favorece el desarrollo y la convivencia, la humanidad con su riqueza de pueblos y culturas, la aspiración a una felicidad definitiva... Todo ello brota de la generosidad de Dios, que es invocado como *fuentes de la vida*: «Los seres humanos se acogen a la sombra de tus alas; se nutren de lo sabroso de tu casa, les das a beber del torrente de tus delicias, porque en Ti está la fuente viva» (Sal 36,7-10).

Esa vida sin embargo está siempre amenazada por el egoísmo, por la violencia, por la manipulación, por el rencor, porque se rompe la relación con el Dios Padre que otorga sus dones para todos. Frente al pecado que quiebra el proyecto originario de Dios, éste se levanta como el defensor de la vida en su integridad.

Este proyecto de Dios es la razón del envío y de *la encarnación de Jesús*. En Él, el Hijo del amor del Padre (cf. Col 1,15), «estaba la vida» (Jn 1,4), y por ello su misión, bajo el aliento del Espíritu, pretendía curar las heridas de cada ser humano y de la humanidad entera, y restaurar la creación que también aspira a ser liberada de todo lo que la degrada y la corrompe (cf. Rm 8,20-22). El Reinado de Dios, que está en el centro de las palabras y de las acciones de Jesús, consiste en que la Vida se manifieste en todo su esplendor: que los pobres sean rescatados de su marginación, que los hambrientos encuentren alimentos, que los enfermos recuperen la salud, que los adversarios se reconcilien, que los pecadores acojan la gracia del perdón... Superando las barreras y las exclusiones, destruyendo el mal que deforma la imagen de Dios en los seres humanos, se instaurará «el reino de la verdad y la vida, el reino de la santidad y la gracia, el reino de la justicia, el amor y la paz» (Prefacio de la fiesta de Cristo Rey).

En el cumplimiento de su misión Jesús fue entregando y desgastando su vida, poniéndola a disposición de todos hasta el final, hasta su *muerte redentora*, como gesto de fidelidad al Padre, sostenido por la fuerza del Espíritu. Así muestra que el odio no puede empañar la victoria de un amor que hace brotar continuamente una vida renovada, más pura y transparente. Por eso la cruz «no es signo de muerte, sino de alianza, de luz, de esperanza, de salvación y de gloria», como también dice mi escudo episcopal.

En la *resurrección* se manifiesta toda la fuerza del amor y de la vida de Dios. «Vosotros, dice san Pedro, matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó» (Hech 3,15), lo hizo «Espíritu vivificante» (1Cor 15, 45), para que dé y regale vida abundante e indestructible. El Resucitado se presenta a sí mismo como el Viviente (cf. Lc 24,5; cf. Lc 24,23; Hech 1,3; 25,19). Es efectivamente quien nos muestra lo que realmente significa Vida.

Benedicto XVI se preguntaba de modo directo: «¿Qué es realmente la “vida”?» Hay momentos, decía, en que de repente percibimos algo bueno y hermoso que nos lleva a pensar: sí, esto sería la verdadera “vida”, así debería ser, frente a lo cual lo que cotidianamente llamamos “vida” en verdad no lo es; «en el fondo queremos sólo una cosa, la “vida bienaventurada”, la vida que simplemente es vida, simplemente “felicidad”» (*Spe Salvi* 11). Solamente quien ha experimentado realmente el amor sabe lo que es la vida, y por eso concluía: «Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la Vida. Entonces “vivimos”» (ib. 27). El Resucitado, que ha vencido a la muerte, nos permite descubrir a Dios de un modo siempre nuevo como Amor que no se acaba, que es siempre Vida.

La muerte y resurrección de Jesús nos desvelan lo más íntimo del *misterio del Dios Trinidad* como Vida y Amor: la vida que es amar, y el amor que es la raíz y el aliento de la vida. Participando en esa Vida de Dios, en su amor, se apaga la sed de todo corazón humano por una Vida definitiva. En virtud de la comunión con el Padre y el Espíritu comprendemos y acogemos, confiados y gozosos, la proclamación de Jesús: «Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida» (Jn 14,6); sólo Él puede garantizar una Vida abundante, inagotable, eterna, de modo que nadie perezca para siempre (cf. Jn 10,28).

Esta profunda experiencia de salvación, desde la convicción que procede del Resucitado, se concretó en *las primeras comunidades cristianas*, en un estilo de vida evidentemente alternativo al dominante en su época. Y desde el gozo y el sabor de lo nuevo, esa salvación fue confesada y cantada por las más antiguas homilias pascuales, como la que abre esta Carta: a la luz del triunfo del Amor y de la Vida reúne en una misma perspectiva los grandes misterios de nuestra salvación, la encarnación, la pasión, la muerte, la resurrección y la ascensión de Jesús, y canta al Resucitado como una fiesta de la creación entera, sobre todo de los cristianos, que encontramos ahí el manantial de nuestra alegría y nuestra esperanza.

## **2. Caminando juntos como Iglesia al servicio de la vida**

El Resucitado sigue presente en la Iglesia, en cada comunidad eclesial, por el poder del Espíritu. Los cristianos somos criaturas nuevas porque el Padre «nos ha trasladado al Reino del

Hijo de su amor» (Col 1,13) y porque el Espíritu Santo nos otorga la adopción filial y la abundancia de sus dones. El Bautismo nos regala la Vida nueva (cf. Rom 6,4) que cura y restaura las heridas del pecado; la Eucaristía, sacramento de la caridad y medicina de la Vida inmortal, nos transforma en el Cuerpo de Cristo para que también nosotros podamos transformar el mundo desde dentro insertando la Vida nueva que nace del Amor.

En virtud de la gracia, por el hecho de que nosotros vivimos en Cristo y Cristo en nosotros (cf. Gal 2,20), somos Iglesia, la familia de Dios en la que todos nos reconocemos como hermanos. Todos juntos hemos recibido la misión de dar testimonio y de ofrecer esa experiencia del Verbo de Vida que colma el gozo de los seres humanos (cf. 1Jn 1,1-4). El concilio Vaticano II ha planteado ese objetivo también para la Iglesia de nuestro tiempo: «El Señor de la vida ha confiado a los hombres la insigne misión de conservar la vida, misión que ha de llevarse a cabo de modo digno del hombre, es decir, la vida humana en todas sus dimensiones, mirando siempre al destino eterno de los hombres» (GS 51). ¡Cuánto podemos aportar para enriquecer la vida de nuestro mundo, tan cargado de logros magníficos y de crueldades inaceptables!

Para cumplir como Iglesia esa misión, cada uno de los bautizados ha recibido un carisma como despliegue de la gracia bautismal, a fin de que la Iglesia se vaya edificando y pueda realizar una misión tan necesaria para la humanidad. Cada bautizado es piedra viva del templo que el Espíritu va construyendo en la historia humana (cf. 1Pe 2,5). La Iglesia no es para sí misma. ¡Qué hermoso es pensar que, viviendo realmente como Iglesia, estamos construyendo un mundo mejor, como humanidad renovada, en nuestra sociedad burgalesa!

La Iglesia tiene necesidad de cada uno de los bautizados, de la luz y de la gracia que pueden irradiar, pues todos poseen la misma dignidad y asumen una responsabilidad compartida. Por ello desde lo más profundo de mi corazón deseo invitaros a que descubráis el carisma que habéis recibido, que lo pongáis al servicio de todos para que sea realmente fecundo, como muchos de vosotros ya lo venís haciendo:

- las familias que generáis, cuidáis y transmitís la vida, sintiéndooos a la vez Iglesia doméstica y célula de la sociedad;
- los educadores y catequistas que inculcáis en las nuevas generaciones el gozo y el sentido de una vida auténtica;
- los jóvenes que, con la pujanza de una vida que empieza a desplegarse, queréis protagonizar el futuro de la Iglesia y de la sociedad;
- los mayores con esa sencilla pero sabia experiencia de vida que, a la luz de la fe, siempre dan los años;
- los que estáis aquejados por el sufrimiento o la enfermedad, que podéis hacer de vuestra vida, unida a la cruz de Jesús, una oración y un testimonio de esperanza;
- los bautizados que, desde las actividades cotidianas, sostenéis la vida de las parroquias, movimientos y asociaciones;
- los que vivís vuestro compromiso cristiano participando en la transformación de las estructuras de este mundo;
- los que en el trabajo o en la empresa os sentís colaboradores de la acción creadora de Dios y contribuís generosamente al bien común;

- los que estáis entregando vuestra vida en el ministerio sacerdotal o en la vida consagrada, y quienes os estáis preparando para ese servicio...

La Iglesia, nuestra Iglesia de Burgos, no puede prescindir de ninguno de vosotros para ser realmente fiel a su misión en favor de la vida de nuestros hermanos.

En esta armonía de carismas se inserta el carisma de vuestro obispo y pastor, el carisma de mi ministerio episcopal en medio de vosotros. Y si el fin de todo ministerio en la Iglesia es servir, lo es muy especialmente el ministerio del obispo: ser servidor humilde y fiel de Jesucristo y de su Iglesia. Dios sabe que ese es mi sincero deseo: servir, acompañar, edificar, confirmar en la fe de la Iglesia y dar la vida “para que tengan vida” los hijos de este pueblo burgalés que Él me ha confiado. Siempre en comunión con todos los obispos, especialmente con el obispo de Roma, fundamento visible de la unidad de la Iglesia.

Soy consciente de que este ministerio lo debo realizar desde la cercanía con vosotros en las circunstancias reales de vuestra vida, en sintonía con vuestros carismas, en actitud de profunda entrega, alentando la comunión y la misión de nuestra Iglesia. Como nos ha recordado el Papa Francisco a los obispos (cf. EG 31), a veces deberemos ir por delante para marcar el camino, a veces deberemos ir por detrás para animar a los cansados y rezagados, atentos para captar el sentido de fe de los fieles, pero siempre en medio del pueblo cristiano, atendiendo sus expectativas e ilusiones, compartiendo sus dificultades y comprendiendo sus miedos y zozobras. Esa es la actitud que he intentado mantener en mi servicio entre vosotros, y espero seguir haciéndolo contando con la ayuda de Dios, y con vuestro apoyo y oración.

Deseo contribuir con vosotros y entre vosotros a configurar una Iglesia sinodal pues, como repite el Papa Francisco, eso es lo que Dios espera de nosotros en este tercer milenio. La sinodalidad busca la unión de fuerzas de todos los bautizados para que cada uno aporte lo mejor de sí mismo al servicio de la misión evangelizadora. Me alegra sinceramente constatar que este estilo sinodal concuerda con lo que la mayoría de vosotros anhela, como he podido ir experimentando a lo largo del tiempo que os quiero como hermano y os sirvo como obispo.

### **3. Discípulos misioneros, testigos de la Vida en nuestra Iglesia diocesana**

En nuestra diócesis de Burgos se hace presente y actúa la Iglesia de Jesucristo (LG 26; ChD 11) para introducir la novedad de la gracia en la carne de nuestro mundo y en la savia de nuestra cultura. Hemos sido llamados como discípulos misioneros en unas circunstancias históricas y sociales que debemos asumir y amar con pasión e intensidad. Hay muchas dificultades, pero también muchas ilusiones, muchos logros y muchos proyectos. Desde la luminosidad de la Pascua nuestra mirada descubre que todo lugar y todo tiempo puede ser experiencia de gracia y de salvación. Por eso nuestra Iglesia diocesana vive llena de esperanza.

Debemos amar a la Iglesia concreta, pues nunca existe en abstracto o en un mundo ideal. Hemos de partir de la Iglesia que somos, con nuestras fortalezas y debilidades, con nuestras grandezas y nuestras fragilidades, con nuestros éxitos y nuestros fracasos.

Como ya he dicho en otras ocasiones, yo puedo afirmar, como san Pablo de la Iglesia de los tesalonicenses, que vosotros sois mi gozo, mi esperanza y mi corona de gloria (cf. 1Tes 2,19-20); y, como él, debo dar gracias a Dios «por la actividad de vuestra fe, el esfuerzo de vuestro amor y la firmeza de vuestra esperanza en Jesucristo nuestro Señor» (1Tes 1,3). El Evangelio, por la acción del Espíritu, ha depositado en esta bendita tierra de Burgos semillas de vida cristiana que a lo largo de los siglos ha producido frutos granados de santidad, de generosidad, de caridad, de pasión evangelizadora.

No puedo dejar de mencionar el florecimiento vocacional que ha venido caracterizando nuestra diócesis. De ello es expresión el presbiterio, que con ilusión y entrega contribuye a mantener la vida cristiana de comunidades tan diversas. El laicado asociado muestra una variedad carismática y apostólica que se hace presente en la vida eclesial y social. La vida consagrada, tanto contemplativa como activa, forma parte imprescindible de la riqueza de nuestra Iglesia y asimismo del tejido social. Podemos recordar cómo la fe comunitaria se ha hecho cultura y dinamismo social, según lo muestra el Camino de Santiago y el riquísimo patrimonio artístico. Cómo no recordar de un modo especial la sensibilidad misionera que ha llevado a tantos burgaleses por todos los continentes para anunciar el Evangelio y servir a los más pobres.

Igualmente debemos recordar y valorar la generosidad con la que, gracias a la participación de muchos, se preparan y viven campañas como la de Manos Unidas contra el hambre o la del DOMUND, la servicialidad de tantos voluntarios y colaboradores de Cáritas y de otras instituciones socio-caritativas, los niños que participan en Sembradores de Estrellas, grupos de oración o de adoración callada y escondida tan necesaria para nuestra fortaleza espiritual, plataformas de diverso tipo que se insertan en los dinamismos sociales, cofradías que alimentan la piedad popular y el servicio caritativo...

Es verdad que en el seguimiento de Jesús y en el camino de la evangelización nos queda mucho por recorrer. Pero contamos con elementos muy positivos para seguir adelante, los que acabo de mencionar y muchos otros que conocéis mejor que yo. Esa es nuestra responsabilidad compartida. La elaboración del reciente Plan Pastoral, los reajustes de la organización diocesana, la elaboración del Estatuto de la Curia diocesana, la Visita Pastoral y los diversos encuentros diocesanos, pretenden recoger esta gloriosa herencia para que la misma Vida divina siga alentando nuestra actividad pastoral y nuestro encuentro con la sociedad de la que formamos parte.

Debemos estar continuamente atentos para escuchar lo que el Espíritu dice en la actualidad a nuestra Iglesia, para discernir los signos de los tiempos, de nuestro tiempo concreto; así podremos superar los riesgos y amenazas que pueden debilitar esa Vida divina en nosotros y a la vez oscurecer la claridad de nuestro testimonio. Deseo por ello advertiros de algunas tentaciones que pueden atenzarnos de modos diversos y sutiles:

a) El cansancio o el desánimo por la disminución de nuestras fuerzas y de nuestros recursos, o por el aumento de las dificultades objetivas en nuestro entorno, que a veces percibimos como indiferente y hostil.

b) La rutina, que nos empuja a buscar seguridad en la costumbre repetitiva, bloqueando la acción del Espíritu, que es siempre manantial de libertad, de sorpresa, de creatividad.

c) La mundanización y la secularización, que se pueden introducir en los agentes de pastoral, provocando una acomodación frívola y superficial a los estilos de vida de nuestros ambientes. Entonces se pierde la frescura de un tipo distinto de vida o la fuerza profética de nuestro compromiso.

d) La falta de una vida espiritual genuina y profunda, a pesar de que disponemos de tantos centros, como los numerosos monasterios, en los que podemos experimentar la práctica frecuente de oración y del acompañamiento espiritual.

En medio de estos riesgos y tentaciones os recuerdo las palabras de Jesús: «Tened valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). En la Pascua precisamente celebramos esa victoria, porque participamos en el triunfo de Cristo. Os invito por ello a dar gracias a Dios. Nosotros debemos irradiar el júbilo de la resurrección, que empuja continuamente a la acción de gracias y a la evangelización, como repetidamente vienen recordando los últimos Papas.

Ese gozo se alimenta de la escucha de la Palabra de Dios, que es 'espíritu y vida' (cf. Sal 18), y de la participación en la Eucaristía, "pan de vida" (cf. Jn 6,33) o "medicina de vida" (Ireneo, *Adversus Haereses* IV, 38,1) que nos libera de la corrupción y de la muerte; de la celebración de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía, que se traduce en obras de caridad, y en la entrega de la propia vida en favor de todos; como nos recuerda el Papa Francisco, «en el darse a nosotros como alimento Jesús atestigua que debemos aprender a compartir con los demás ese alimento para que se convierta en una verdadera comunión de vida con cuantos están en necesidad. Él se dona a nosotros y nos pide permanecer en Él para hacer lo mismo» (23.3.2016).

#### **4. La Vida plena para todos: los caminos del compromiso**

Nuestro Plan de Pastoral es una invitación para la conversión pastoral y misionera de cada uno de nosotros y de nuestra Iglesia diocesana. La comunión eclesial, que es participación en la Vida misma del Dios Trinidad, se debe reflejar en nuestro modo de vivir como Iglesia en misión. Desde la lógica sinodal debemos participar en los consejos diocesanos, en las parroquias, en los arciprestazgos, en las delegaciones, en las asociaciones, movimientos y comunidades de nuestra diócesis.

Hemos de conseguir que no sean simples instrumentos burocráticos y organizativos sino hogar eclesial, lugar de conocimiento mutuo, de valoración de los rostros y de los nombres de los demás, y por ello momento de planificación, de compromiso y de revisión. Yo como obispo, y conmigo los presbíteros en sus diversos ámbitos o campos de actuación, somos conscientes de que cualquier negligencia en este aspecto constituye un auténtico pecado de omisión contra la comunión eclesial y contra su misión.

Esta actitud sinodal debe reinar en las parroquias, células que mantienen la vitalidad de la diócesis y debe extenderse a todos los ámbitos de nuestra vida eclesial. Solamente así podremos afrontar tres prioridades ineludibles:

- a) Configurar comunidades iniciadoras, que sean capaces de acoger, de integrar, de ofrecer un espacio vital atractivo especialmente para las nuevas generaciones, y también para los inmigrantes y para quienes, desde la distancia, se acercan a nuestra vida eclesial.
- b) Continuar la renovación de las estructuras territoriales y sectoriales de nuestra diócesis, procurando que todas ellas estén al servicio de la evangelización, «se vuelvan más misioneras» y «que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta» (EG 27).
- c) Facilitar y fomentar la formación, para que los niños, jóvenes y adultos sean más conscientes de su fe y capaces de vivirla en comunidad eclesial, para que cultiven una espiritualidad genuinamente cristiana y para que desplieguen un protagonismo evangelizador efectivo, incluso más allá de nuestras fronteras.

Desde estas comunidades iniciadoras y desde la conversión pastoral y misionera nuestra Iglesia se sentirá realmente madre, no sólo mostrando cercanía a sus hijos sino también engendrando nuevos miembros activos del Cuerpo de Cristo.

De este modo, desde la misma vida, con actitud acogedora y con la participación de todos, podremos crear una “cultura vocacional”, haciendo posible que los carismas se desplieguen y se manifiesten (Francisco 5.1.2017). Descubrir la propia vocación nos hace madurar y crecer como personas, da solidez a nuestra Iglesia diocesana y nos capacita para estar presentes con convicción en el espacio público. En este sentido, os hago también extensivo a todos lo que decía en la última carta que dirigí a los sacerdotes: que tomemos conciencia de que el cuidado de las vocaciones ha de estar en el centro de nuestras preocupaciones pastorales. Por ello el Seminario ocupará un lugar preferente en el corazón de toda la diócesis y especialmente del presbiterio.

Viviendo en comunión las diversas vocaciones, estaremos en condiciones de anunciar con palabras y con hechos el Evangelio de Jesús, el Señor. El Vaticano II recordó que el obispo es el primer anunciador del Evangelio y que ese anuncio es la función primera de su ministerio. Por eso, os animo a que anunciéis de modo explícito que la Vida verdadera, la Vida en plenitud, la Vida eterna, es que conozcan a Jesucristo, «que te conozcan a ti», en palabras del apóstol Juan (Jn 17,3), que descubran al Salvador que aporta novedad a quienes aún no lo conocen y santidad a los cristianos, siempre necesitados de conversión. Ojalá la evangelización y el primer anuncio sean para mí, como para vosotros, una necesidad, una urgencia y una alegría (cf. EN 14). Agradecemos por eso a los misioneros burgaleses que, presentes en todos los continentes, nos ayudan a descubrir la primacía de la evangelización.

Estamos convencidos de que con el anuncio del Evangelio ofrecemos el mejor de los regalos, la experiencia de la Vida verdadera: *pasar de la esclavitud de la carne*, es decir, de los deseos egoístas y de estar cerrados en el propio interés, que es la base de la cultura de la muerte, *a la libertad del Espíritu*, que amplía nuestro corazón y nuestra generosidad, que ayuda a descubrir al otro como hermano y a hacernos prójimos suyos; el anuncio debe ir acompañado del testimonio

de vida y del servicio concreto, porque «el deseo del Espíritu es vida y paz» (Rom 8,6; cf. Rom 8 y Gal 5).

Cuando seguimos a Jesús como discípulos misioneros, brota espontáneamente de nuestro interior el dinamismo de la caridad pastoral que Él mismo practicó, como indicaba al inicio de esta Carta: servir a la vida en todas las dimensiones de la existencia (física, psíquica, social y espiritual), venciendo las dinámicas de muerte que deshumanizan a las personas y degradan su dignidad sabiendo acoger y potenciar la vida en su plenitud.

Especialmente vulnerables y amenazados son los niños no nacidos, los enfermos terminales o los ancianos dependientes. Es necesario reiterar la doctrina de la Iglesia sobre la defensa de la vida en todas sus fases; con la oposición más firme a cualquier atentado directo a la vida, especialmente inocente e indefensa; y el no nacido, en el seno materno, es el inocente por antonomasia. Debemos luchar igualmente contra la exclusión, desatención o indiferencia ante la vida que está deteriorada por la vejez o la enfermedad; sólo así podremos hablar coherentemente de la dignidad de la vida.

Hay pobres que tienen hambre, personas privadas de libertad, familias que carecen de hogar o que no están en condiciones de atender adecuadamente a los hijos, hay personas que no encuentran puesto de trabajo o un trabajo digno, hay parados sin cobertura social, hay inmigrantes y refugiados que no reciben acogida y comprensión, hay ancianos sin compañía, hay personas en el mundo rural que pueden rozar la marginación a causa del olvido o del abandono... Pensando en todos ellos, Jesús nos sigue diciendo: «Dadles vosotros de comer» (Lc 9,13).

En nuestra época existe también un profundo malestar existencial, como lo muestra la desesperanza de quienes carecen de futuro profesional, la depresión de quien se siente sin horizonte vital, la angustia de las familias rotas, la resignación de quienes se sienten fracasados... A quienes se sienten marginados o excluidos, Jesús les sigue diciendo a través nuestro: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré» (Mt 11,28).

Es un campo inmenso para poder defender la integridad de la vida digna para todos. Sé de primera mano que el pueblo cristiano y nuestra sociedad burgalesa son sensibles y generosos, que se dejan conmover y que colaboran de modo ejemplar ante la desgracia ajena. Ha sido siempre, y lo sigue siendo en el presente, el timbre de gloria de los cristianos, lo característico de la espiritualidad evangélica. Por eso debemos seguir cultivando la misericordia y la compasión. Durante un año hemos profundizado y practicado de modo más consciente e intenso las obras de misericordia, tanto las corporales como las espirituales. Las obras de misericordia están al servicio de la vida, como recordaba el Papa Francisco: «Solemos pensar en las obras de misericordia de una en una; pero si las miramos en conjunto, el objetivo de la misericordia es la vida humana misma y en su totalidad» (2.6.2016).

Hemos de seguir por ese camino, que es el sendero de la vida, mejorando nuestra coordinación, puliendo nuestra sensibilidad, cultivando nuestro discernimiento y fomentando nuestra creatividad para que todas las formas de pobreza, las antiguas y las nuevas, encuentren respuesta en el corazón maternal de nuestra Iglesia diocesana.

También nuestra defensa de la vida ha de ir más allá, no puede limitarse al ámbito privado o a las relaciones interpersonales. La integridad de la vida, la aspiración a una vida buena desde el punto de vista ético y colectivo, debe incluir las estructuras sociales, políticas, económicas, para generar una cultura de la vida que encarne la novedad del Evangelio. En ese mundo, apasionante en su complejidad, debemos expresar también nuestra caridad pastoral, los cristianos nos hemos de hacer presentes en la sociedad de modo activo, como protagonistas, con la decisión y el coraje que en ocasiones nos falta. La actividad profesional pide ser asumida como vocación cristiana y eclesial, pues los laicos son *Iglesia en el mundo*, como ya en 1991 recordaba, en el documento *Cristianos laicos, Iglesia en el mundo*, la Conferencia Episcopal.

En este sentido, he podido percibir en distintos campos y ámbitos de nuestra sociedad burgalesa el testimonio y el compromiso de muchos cristianos. Como signo de reconocimiento hacia ellos y como invitación a quienes tengan ese carisma, deseo enumerar los lugares más importantes para una evangelización nueva y para una pastoral creativa:

- a) La vida política, con sus tensiones y conflictos, necesita el compromiso de los cristianos que defiendan el bien común.
- b) La vida social, con su creciente pluralismo y con costumbres que a veces nos desconciertan, necesita espacios de encuentro y de reconciliación que sólo pueden proceder del espíritu evangélico.
- c) La vida económica y laboral, atravesada por injusticias y manipulaciones, necesita estilos distintos de consumo y de inversión, transparencia en la gestión e iniciativas empresariales regidas por la solidaridad, por la gratuidad, por la comunión, insertadas en los movimientos sociales de nuestra época.
- d) El mundo de la educación, y especialmente la universidad como generadora de pensamiento y formadora de los profesionales del futuro, necesita la presencia del humanismo cristiano para que el saber y la ciencia contribuyan a la vida digna de todos.
- e) La vida cultural, en el amplio abanico de expresiones artísticas e intelectuales, tantas veces seducidas por la frivolidad y la inmediatez, necesita igualmente la savia del humanismo cristiano y el horizonte de la transcendencia.

¡Qué hermoso horizonte se abre ante nosotros para devolver su nobleza a actividades tantas veces denostadas y para que la luz del Espíritu siga manifestándose en las grandes encrucijadas de nuestra época!

Al contemplar y disfrutar la belleza de tantos rincones de la geografía burgalesa no puedo dejar de recordar la importancia del cuidado de la creación, de la defensa de la vida de nuestro planeta tierra, que fue concebido por Dios como un paraíso idílico, como un jardín frondoso, como un hogar compartido, como la casa común. Esta sensibilidad se va haciendo más consciente y más clara entre nosotros, pero debemos seguir cultivándola como gesto de veneración y de agradecimiento al Dios de la Vida y a la vez como gesto de responsabilidad y de justicia hacia las generaciones futuras y hacia los hermanos más vulnerables, cuando suceden las catástrofes naturales.

## 5. Bajo el aliento del Espíritu, Señor y Dador de Vida

El Espíritu, al que confesamos como Señor y Dador de Vida, nos garantiza la espiritualidad que necesitamos para nuestro compromiso eclesial, pastoral y evangelizador: una espiritualidad que descubre lo más profundo de la Vida de Dios, y que por eso tiene ojos abiertos para ver las necesidades del momento y pies dispuestos para avanzar por los caminos que el Espíritu está ya recorriendo antes que nosotros. La experiencia interior debe alimentar la mística de la cotidianidad, para que en cada momento descubramos la brisa de Dios en los acontecimientos de nuestra apasionante historia en la que debemos ser protagonistas activos.

Los cristianos gozamos del don de la vida, lo agradecemos permanentemente a Dios y deseamos compartirlo con todos nuestros hermanos, pero siempre con la nostalgia de la Vida en plenitud, nuestra meta y nuestra más profunda vocación.

De esa Vida definitiva tenemos ya una anticipación en la gracia y los sacramentos, en el amor y la amistad, en la generosidad y la fidelidad, en la disposición al diálogo y la salida a las periferias, en el compromiso gratuito y la capacidad de perdonar. De modo especial la Vida se hace presente en nosotros gracias a la oración, a la liturgia, a la comunión de los santos, particularmente de los santos burgaleses de ayer y de hoy; quienes ya participan de modo definitivo en el gozo del Dios Trinidad, que es Amor y Vida, incorporan en su oración y alabanza a la Iglesia peregrina; con ellos y gracias a ellos nosotros, esta Iglesia peregrina, participamos en la liturgia celeste y en la alabanza permanente a Dios y al Cordero, degollado pero vencedor (cf. Ap 5,5-13). Ese gozo y esa comunión hacen que la Iglesia no sea una institución meramente humana. Esta dimensión de transcendencia debe reflejarse en nuestra liturgia y en las ricas manifestaciones de la piedad popular, sin que por ello pierdan su inserción en el entramado de la vida real y concreta. Así encontramos el manantial de nuestra esperanza, la garantía de la comunión eclesial, la apertura a la misión, la fuerza para el compromiso.

La Virgen María ocupa un lugar preeminente en la comunión de los santos, como tipo y modelo de la Iglesia. Ella, a la que invocamos como Santa María la Mayor, nos dio a Jesucristo, Vida del mundo, desde la anunciación del ángel. En fidelidad constante a la misión de Jesús fue discípula misionera, realizó la peregrinación de la fe, experimentó los dolores de la muerte de Jesús y también el gozo del encuentro con el Resucitado. Elevada en cuerpo y alma a la gloria del Hijo, nos sigue acompañando como Madre para que acojamos la verdadera Vida y para que la comuniquemos a todos sus hijos, que son hermanos nuestros.

Al contemplar la belleza del don recibido y de la misión que se nos ha encomendado, nuestra respuesta no puede ser más que agradecer, alabar y bendecir a la Trinidad, como expresaba en las palabras con las que iniciaba mi primera homilía en nuestra catedral, sede del obispo y corazón de la vida diocesana:

*Gracias a Dios Padre, que da la vida a todo lo creado, por habernos llamado amorosamente a la existencia, eligiéndonos desde siempre para ser sus hijos,*

*Alabado sea Nuestro Salvador Jesucristo, Dios encarnado, entregado, muerto y resucitado para irradiar vida e inmortalidad,*

*Bendito sea el Espíritu Santo que ha derramado el amor de Dios en nuestros corazones, que intercede por nosotros para pedir lo que nos conviene, que da vida y enriquece con sus dones a la Iglesia y viene en ayuda de nuestra debilidad.*

**+ Fidel Herráez Vegas**

16 de abril de 2017

**Pascua de la Resurrección del Señor**